

objetos materiales pendientes de las leyes físicas del Universo. La libertad, la característica de nuestra naturaleza, la causa de nuestra vida, el motor primero de nuestros actos; aquella facultad, por la cual es el hombre un sér en sí, puesto que completa su alta estirpe de racional y progresivo; la libertad, nunca bastante encarecida y adorada en la tierra, disipábase en los sofismas de Carlstadt, hasta el extremo de aparecer como una idea nacida del humano orgullo y lanzada en guisa de blasfemia y desafío á Dios, de igual manera que la rebelion de Luzbel y sus ángeles en el Empíreo. Naturalmente, mas erudito Eck que Carlstadt, mas sabio en las ciencias teológicas, mas fuerte en la tesis escogida para ocasion tan solemne, llevóse de calle á su adversario; y le venció con pronta y facilísima victoria.

Era indispensable que Lutero apareciese y reivindicase para sus doctrinas una superioridad, no alcanzada ciertamente por la flaqueza de su discípulo. La Providencia quiso que la tesis propuesta por el doctor católico al doctor revolucionario entrañase completamente dentro de la serie de sus ideas, toda la revolucion. Hombre de combate, y como hombre de combate hombre de emociones, muy dado á la improvisacion, á contestar en el acto un argumento con otro argumento, á escribir en el espacio de una noche apremiantes respuestas, á lanzar tesis sobre la antigua Iglesia como quien lanza bombas sobre una ciudad sitiada, no conocia Lutero las cuestiones teológicas, no las sondeaba hasta en sus últimas profundidades, no las sostenia con teson, sino apremiado por las circunstancias externas, por el movimiento de los hechos, por el empeño de los debates, por la posicion extraña en que muchas veces le colocaban circunstancias contrarias al imperativo mandato de su conciencia é independientes de los deseos y aspiraciones de su voluntad. Temerario, muy temerario de parte de Eck, el provocador, impeler á Lutero hácia la dilucidacion de un tema tan peligroso como el origen de la autoridad de San Pedro, y su trasmision espiritual á todos sus sucesores. Era el 4 de julio del año 1519. Los salones del duque de Leipzick apenas podian contener la gente que los llenaba. Disminuido el público por la infelicidad de Carlstadt; sueño-liento el auditorio por abuso en él de la atencion y en los oradores de la palabra; dormidos, en su mayor parte, los apopléticos maestros que escuchaban los contrarios argumentos; las salas del palacio, tan concurridas en las pri-

meras justas teológicas, quedáronse casi desiertas hasta la solemne hora, en que apareció Lutero con toda la fuerza de su inteligencia y con todo el vigor de su madurez, á sostener sus doctrinas revolucionarias, frente á frente de las doctrinas ortodoxas. No espereis de él una rotunda y solemne afirmacion. Pocos hombres señalan, como Lutero, el tránsito de una edad á otra edad; pocas figuras históricas se ven alzarse en el tiempo, tan iluminadas por el crepúsculo matutino de una idea y el crepúsculo vespertino de otra idea, como la sublime y asombrosa figura de Lutero; pocos pensadores han pertenecido tanto como él á lo pasado por sus afectos, y á lo porvenir por sus pensamientos: así no podrá dar una tesis rotunda, firme, inapelable, no, caerá en distingos de extraña sutileza, y dentro de los cuales se encierre y contenga toda su futura doctrina, como en símbolo y en figura y en anuncio. De consiguiente, Lutero debia reconocer la suprema autoridad del Pontífice; pero tambien decir que esta autoridad no entraba en la estirpe de las verdades divinas, sino en la estirpe de las verdades históricas y humanas. Para Lutero el Pontífice aparecia como cabeza visible de la Iglesia; pero no en virtud de la Escritura santa, sino en virtud del derecho canónico. Registrados los Evangelios, leídos con la atencion profunda y sostenida propia de un filósofo, examinados minuciosamente, no encontraba ningun apoyo teológico á la supremacía pontificia, reconocida por él como una institucion necesaria, pero de carácter puramente histórico y de derecho puramente humano. Al oírle hablar de esa suerte, el doctor pontificio y ortodoxo le arrojó á la cara el dictado de hussita. Y este dictado equivalia en aquellos momentos y en aquel lugar á una amenaza de muerte. Lutero se encontraba léjos de la sombra protectora de su amigo el elector Federico, bajo la inmediata jurisdiccion del duque Jorge, que, nieto de Poidebrad, rey de Bohemia, con cuya nacion se hallaba enlazado por su familia materna, ¡oh! aborrecia de todo corazon los cismas y presagiaba que iban á volcar sobre la nacion de su padre las desolaciones que los hussitas habian volcado sobre la nacion de su madre. Y esta idea, en aquel tiempo y en aquel soberano, podia traer sobre la cabeza de Martin Lutero persecuciones idénticas á las sufridas por Juan Huss, puesto en oscuro calabozo, atormentado con toda suerte de tormentos, consumido en las llamas y aventado á los aires, á pesar de tener en sí la augusta



inviolabilidad de su genio y fuera de sí la imperial inviolabilidad de un salvoconducto. Lutero se enrojeció de cólera, oyendo la malévolas calificación de Eck, y palideció de terror oyendo la injuriosa interjección con que la acogía el duque Jorge presente á la disputa. En su deseo de defenderse y no sabiendo cómo retractarse sin herirse, dijo que Juan Huss podía muy bien haber sostenido proposiciones ortodoxas, y el Concilio, que lo condenara, proposiciones heterodoxas. A esta afirmación los ojos del duque Jorge ardieron en ira; el pecho de los teólogos católicos estalló en resuellos de furor; los discípulos de Lutero se arremolinaron como un ejército en torno de su jefe; y se dibujó en los aires el comienzo inevitable ya de la transformación religiosa. Lo que al pronto semejaba una disputa en las escuelas, acababa de pasar á la categoría de una revolución en los hechos.

Sería de ver aquel gran salón de Leipzick presidido por un príncipe reinante y su aparatosa corte; ocupado por doctores de todas las grandes Universidades alemanas; dividido en dos grupos, los cuales se lanzan mutuamente á la cabeza en dialécticos juegos sus sendos argumentos y sus implacables injurias; á un lado la fracción de los heterodoxos semejante á un ejército de mártires que teme á cada palabra una persecución; á otro lado, los ortodoxos, los cuales como depositarios de la religión oficial, apenas comprenden lo mismo que ven, y por tanto conjuran á los príncipes de la tierra en el lenguaje de los profetas antiguos, á iniciar una persecución, mientras que, en los anfiteatros, sobre toscos bancos de madera, la estudiantina gesticula, grita, aplaude, tomando partido por la revolución y por la Reforma, y diciendo en versos más ó menos macarrónicos, que el vientre de cada fraile panzudo es un odre de Baco. Lutero, de mediana estatura, de anchos hombros, de voz sonora, está de tal suerte, por los ayunos y por las meditaciones, enflaquecido, que quien no oyera la abundancia de su palabra, la fuerza de sus antítesis, la acritud de sus combates, la ironía de su acento, lo tomara por un verdadero monje de la Tebaida. Carlstadt está á su lado y parece un gozquecillo al lado de un gigante según lo menudo de cuerpo, lo vulgar de rostro, lo ronco de voz, lo móvil de gesto, lo acerbo de cólera, lo pobre de argumentos, lo flaco de memoria. Frente á ellos aparece Eck, robusto como un campesino, de ojos saltones cual cumple á un orador, de labios gruesos y apropiados á verter

chorros continuos de palabra; sanguíneo en su complexión, rubicundo de color, sobrado de fuerzas físicas cuyo exceso daña indudablemente á sus fuerzas intelectuales, más rico de memoria que de inteligencia, más sabedor de noticias que de argumentos, en su polémica lleno de exaltaciones y pobre de juicio.

Y sin embargo Lutero interrumpe la disputa. Esta interrupción suelen atribuirle todos los escritores de la escuela opuesta á su escuela, suelen atribuirle, decía, unánimes, al sentimiento de su derrota. Pero la verdad es que de este combate tremendo surgieron las tesis principales de la Reforma. No se contentó el monje con lo que se habían contentado Juan Huss y Jerónimo de Praga; no se contentó con dar á los laicos la comunión bajo las dos especies: en ese gran movimiento democrático de las revoluciones, el teólogo de la predestinación lanzó una palabra de libertad, el exámen individual de los libros santos por cada conciencia, y el político devoto á los reyes y á los príncipes lanzó una palabra de igualdad, el reconocimiento de la dignidad y de la autoridad sacerdotal en cada hombre; dogmas y principios con los cuales abría de par en par las puertas de las sociedades humanas al rápido ingreso y á la gran dilatación de una verdadera democracia religiosa. Además, si tuvo que contenerse en la disputa, por respeto á la autoridad del duque Jorge, que le convidó dos veces á fin de moverle y persuadirle á dejar su ministerio de reformador; si tuvo que contenerse por estos y otros respetos bien comprensibles en lo humano, su continencia se desahogó luego en terribles invectivas, las cuales, encerradas dentro de escritos provocadores, traían la revolución. Así llama á tal príncipe de la Iglesia elefanta que va de parto; á tal cabeza de doctor vejiga hinchada de viento; á la nación germánica hacanea del Papa convertida en caballo que ha de encontrar bien pronto su apuesto caballero; y á todos los señores de Alemania, débiles y flaquísimos cortesanos que no han decidido todavía suspender la autoridad pontificia, como demandaba lo apremiante de las circunstancias y lo inminente de la revolución.

La controversia teológica de Leipzick sirvió tan solo para que Lutero extremara la disección, de antiguo emprendida, en el silencio de su gabinete, sobre los títulos y los derechos de la autoridad pontificia. Después de esto, un hecho gravísimo exacerbó sus pasiones y agravó sus trabajos, la sentencia



condenatoria de sus ideas, dada por Universidades importantes. Su corazón herido, su conciencia indignada y hasta su amor propio maltrecho, revolviéronse contra aquellos fallos injustos; y extremaron el derecho á la natural y legítima defensa. En tal exaltación de sentimientos, en tal fanatismo de ideas, en los fragores del combate, el Pontífice, á quien combatiera siempre, apareció á sus ojos cual apareciera el perseguidor Neron á los ojos de los primeros cristianos, como el Antecristo de la tradición, como la bestia del Apocalipsis. Así, en sus ensueños, veía descender de las alturas los ángeles exterminadores, dirigirse á la proterva Babilonia, madriguera de alimañas feroces y caverna de aves nocturnas, que adulteraba con todos los reyes de la tierra y bebía el vino de todas las prostituciones juntas; cubierta de llagas desde los piés á la cabeza, y exhalando un hedor que emponzoñaba y oscurecía con sus vapores hasta la atmósfera del cielo; vil meretriz, que entrega por dinero sus favores, objeto de codicia para los mercaderes, de deseo para los voluptuosos, de alimento para todos los vicios; circuida de traficantes que se lucran desatentados con sus gracias y de borrachos que duermen el sueño de la embriaguez en sus enflaquecidos brazos; blanco único de todos los rayos de la tempestad y de todas las cóleras del Eterno. A la verdad, en este lenguaje apocalíptico latía la más terrible cólera. Por estos minutos decisivos de su historia, á estas horas solemnes de su vida, en estas transiciones desde un punto á otro punto de su fe, Lutero sentía arder la sangre en las venas, subir la savia primaveral del pensamiento nuevo á la conciencia, encenderse el genio de la destrucción y de la ruina en su mente, desatarse las cóleras de todas las pasiones guerreras en su corazón, como para levantarlo, á manera de una sombra gigantesca ó de un Titan legendario, en asombroso asedio, contra la Roma, que, por espacio de tantos siglos, había en su seno llevado la autoridad temporal sobre la tierra y la autoridad espiritual sobre la conciencia. Todo, pues, le incitaba con provocativa incitación al combate.

Y cuando todo le incitaba con provocativa incitación al combate, aparece la bula de Leon X, causa ocasional del rompimiento. No podemos desconocerlo y por lo mismo no podemos negarlo; Roma estaba en el caso ya de proferir una palabra suprema y solemne acerca de Lutero. No lo hizo, sin embargo, sino después de consultas, de meditaciones, de larga y profunda

reflexión. El Papa de los florentinos, el Papa de los artistas, el Papa de los platónicos, para quien la Academia equivalía en el fondo á la Iglesia y Platon á Jesucristo, educado en la nueva Atenas, entre aquellos Médicis que tanto se parecían á los Alcibiades y á los Pericles, con los ojos empapados en las líneas de los iris de Rafael, con los oídos hechos á la entonación de los períodos ciceronianos, en comercio continuo con la antigüedad y en adoración perpetua de los bajos relieves recién hallados y de las clásicas estatuas recién descubiertas, debía sentir una especie de respeto invencible, al encontrarse frente á frente de un orador tan grande como Lutero, el cual vertía muchos errores, sí, pero en arrebatos de una elocuencia que ya se reía y chanceaba como la comedia, ya se dolía y lloraba como la tragedia, ó ya tomaba los acentos sublimes y la grandeza colosal de una epopeya. El Sacro Colegio se congregó bajo la presidencia de Leon X; y después de maduro exámen decidió, con dolor, pero con resolución, la suprema sentencia.

Pocas obras tan trascendentales á la Iglesia como la bula contra Lutero, encomendada en su redacción al cardenal Accolti. Inútil decir que, documento pontificio de aquel tiempo, brillaría por la corrección perfecta del estilo y la castidad inmaculada del lenguaje. Obra esencialmente gramática y retórica, obedece en todas sus partes á las leyes naturales de la palabra y de los tropos. Nada en ella disonante, nada de mal gusto, nada atrevido ni en materia de lenguaje ni en materia de expresión; pero le falta el ardor de la fe y la intimidad del pensamiento. En el abuso de las alegorías, en el aspecto de drama que tiene, en la aparición de personajes varios, en los apóstrofes continuos échase de ver el carácter más bien artístico y literario que religioso y moral de la Roma del Renacimiento. Los cielos se abren como en una decoración de teatro; el Padre Eterno se levanta como en un fresco de la Sixtina; la Iglesia gime como en una escena dramática; San Pedro aparece en el incidente más artístico; San Pablo habla como si hablara en los diálogos platónicos; las nubes arreboladas brillan cual en cuadros de la escuela toscana; los ángeles y los profetas aparecen paganizados en las formas clásicas; y todos los tronos y todas las dominaciones se asocian á esta vastísima composición cual pudieran los coros de una antigua tragedia asociarse á un grande argumento. Mas, después de haber invocado tantas virtudes celestiales, después